

Raül Garrigasait

LA IRA

Traducción del catalán

RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ

COLECCIÓN FRAGMENTOS
SERIE PECADOS CAPITALES

Oriol QUINTANA, *La pereza.*

Marina PORRAS, *La envidia.*

Oriol PONSATÍ-MURLÀ, *La avaricia.*

Adrià PUJOL CRUELLS, *La gula.*

Anna PUNSODA, *La lujuria.*

Jordi GRAUPERA, *La soberbia.*

Raül GARRIGASAIT, *La ira.*

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *La ira*

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 65
Serie PECADOS CAPITALES

Primera edición FEBRERO DEL 2020

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica IRIS PARRA JOUNOU
Diseño de cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Imagen de la cubierta Letra capitular procedente de
Giulio Roscio, *Icones operum
misericordiae*, Bartholomæ y Grassii,
Roma, 1586

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2020 RAÛL GARRIGASAIT
por el texto

© 2020 RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ
por la traducción del catalán

© 2020 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 3.877-2020
ISBN 978-84-17796-31-0



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Con la colaboración del Departament de
Cultura de la Generalitat de Catalunya

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

I	Un alzamiento	7
II	La primera pasión de Europa	11
III	Aplastar a la bestia	25
IV	La pasión del fin del mundo	37
V	La ira amiga	59

I

UN ALZAMIENTO

ME TIEMBLAN LOS LABIOS, se me hinchan las venas, se me desfigura la cara; se me vuelve la mirada cortante como un cuchillo y levanto la voz y se me enronquece o me pongo a gritar. No sé de dónde, surge de mí una potencia inesperada que quiere hacer pagar algo a alguien. Estalla contra padres e hijos, contra conocidos y desconocidos; contra objetos, incluso. Parece una reacción puramente física, pero en el fondo hay una idea, un juicio, la sensación de haber sufrido una ofensa o haber presenciado una injusticia; quizás todo lo ha desencadenado un pensamiento. Puede prolongarse, convertirse en rencor sordo, reconcomerme por dentro o bien desvanecerse enseguida y dejar solo un recuerdo: he hecho el ridículo, o he cometido un error, o he cumplido mi deber.

Si no sois ángeles ni robots, a vosotros también os ha pasado. La ira es la pasión más vehemente: es como un alzamiento de todas nuestras potencialidades físicas y morales. Se forma en ese punto donde cuesta distinguir entre biología, convicciones y cultura transmitida; no se sabe si se alza un individuo único o bien toda la herencia de sus antepasados, si soy yo o bien es una cosa que viene de fuera o de muy arriba o de muy atrás. La ira tiene una historia honda y, aparentemente, un futuro esplendoroso. La tradición cristiana la ha considerado un pecado capital, pero la Biblia se la atribuye a la mismísima divinidad; los filósofos antiguos reflexionaron largamente sobre ello y la literatura griega se centra en este asunto en su primera narración. En cada uno de estos momentos hay pedazos de nuestro yo enfurecido. El pasado ha hecho a la ira tal y como es hoy, un fenómeno de muchas capas.

Por lo tanto, si queremos comprender algo, tenemos que echar la mirada atrás. Y no solo para satisfacer una curiosidad de anticuario: explorando la historia podemos encontrar huecos en la jaula de los tópicos inconscientes

donde vivimos, o simplemente maneras distintas de vivir. Por eso, mirar atrás también es mirar adelante. Comencemos.

II

LA PRIMERA PASIÓN DE EUROPA

TODO COMENZÓ CON unos hombres orgullosos y susceptibles luchando en la guerra contra Troya. Todos ellos, sobre todo los más fuertes, sobre todo los más admirados, tenían lo que los griegos llamaban un gran *thymós*, una palabra de traducción difícil. El *thymós* era la vida, la fuerza, el deseo; pero era sobre todo la fuente de todos los impulsos vitales. Los buenos guerreros, los guerreros más excelentes, debían tener un gran ímpetu, y cuando entraban en combate los dominaba una furia destructiva que los acercaba a la gloria o los llevaba directamente a la muerte, y la muerte consistía en exhalar el *thymós* por la boca y quedar convertidos en cuerpos inertes, sin impulsos de ningún tipo. O ser un hombre que sabe enfurecerse para triunfar en el campo de batalla, o ser un cadáver: esta era la disyuntiva a la que se